

Introducción

LA PARADOJA DEL FLORECIMIENTO

SOMOS muchas las formas de vida y comunidades que compartimos este planeta. Humanos, animales, plantas, hongos, bacterias, virus, ríos, bosques, sabanas, tundras, desiertos, selvas... Todos vivimos en el planeta Tierra. Podemos llamar a este espacio común bajo el nombre de Terra, Gaia, Pachamama, Inanna, Astarté, Ishtar o Ashtart. Pero lo importante es que es un entorno que abraza nuestros nacimientos y partidas, donde convivimos y morimos todos. Más aún: la vida de unos provoca la muerte de otros, y la muerte de unos da vida a otros. Esta relación, que podemos entenderla como un ciclo natural o una simple evolución, merece ser pensada detenidamente. El polvo del Sáhara sirve de alimento para el florecimiento del Amazonas. Los arrecifes de coral de Australia tienen un valor incalculable para un sinnúmero de especies. Los polinizadores son capaces de dispersar semillas a miles de kilómetros. Este mundo es interdependiente. Y eso, en sí mismo, no es ni bueno ni malo, justo o injusto. Es así.

Lo que sí merece reflexión ética es cómo queremos formar parte de esta red relacional. ¿Cómo queremos que nuestra especie florezca con relación a las demás especies y su entorno? Esta es una pregunta ética que puede incluso

llegar a formar el sustrato de una teoría de la justicia. Cuando percibimos que nuestra huella en el mundo afecta negativamente sobre el florecimiento de otros seres vivos y transformamos los ritmos cíclicos de la naturaleza, acelerando un calentamiento atmosférico, deforestando bosques, desertizando suelos o acidificando los océanos, creo que debemos preguntarnos el porqué. Por qué provocamos estos daños a individuos sensibles. Por qué nuestra influencia dentro de la biosfera es tan notoria. Un porqué conectado a un para qué. Y un para qué que, desde cualquier conciencia moral, se encuentra atravesado por la cuestión de si merece la pena o se trata de un proceso justo.

Para evaluar estas situaciones, tenemos que preguntarnos quiénes son los afectados por nuestras acciones y de qué manera lo son. Si pensamos, por ejemplo, en el proceso de la industria cárnica, podemos intuir que sus efectos influyen negativamente sobre los seres humanos, los animales no humanos, las especies vegetales, sobre ecosistemas enteros o sobre el mismo clima. ¿Pero por qué es negativo? En el caso de los animales, humanos y no humanos, puede resultar bastante evidente: porque les causa un sufrimiento físico que corporalmente se puede experimentar. En el caso de las plantas también puede apreciarse un problema moral en tanto que son formas de vida que debido a los impactos de la industrialización pueden verse afectadas más rápidamente por el agotamiento de aquellos nutrientes, agua u otras condiciones necesarias para su florecimiento. En cuanto el daño que perciben intrínsecamente los ecosistemas o el clima, es una cuestión más controvertida. No son agentes racionales ni sensibles. Ni siquiera son seres individuales. Son comunidades o entidades sistémicas cuyas formas de evolucionar nos resultan extrañas y aún hoy son, en muchas ocasiones, desconocidas para la ciencia. Por eso es difícil razonar que los ecosistemas dispongan de unas capacidades propias que puedan ser dañadas y cuyo reconocimiento debería contar en el cómputo moral de una teoría de la justicia. Podemos pensar que un ecosistema cambia con el tiempo o por recibir ciertas perturbaciones. ¿Pero eso resulta malo solo por los efectos que recaen en los seres vivos individuales (es decir, porque tiene un valor instrumental)? ¿O resulta también malo porque el ecosistema no puede florecer de un modo que es valioso en sí mismo (tiene un valor intrínseco)?

Encontrar respuestas sólidas a tales preguntas seguramente escapa al alcance de este libro. Si bien creo interesante formularlas y dedicar un tiempo a explorarlas. Lo que sí forma parte del objetivo de esta obra es poner de relieve que el florecimiento de unos puede impedir el florecimiento de otros, y además hacerlo en órdenes ontológicos diferentes. Es decir, pueden surgir conflictos derivados de las oportunidades para ser y funcionar de cada entidad natural, esto es, de sus capacidades. Gozar de libertades parece un deseo legítimo para todos. Por lo que se antoja como un sueño de justicia que a todos se les reconozca igualitariamente. ¿Pero quiénes conforman ese «todos»? ¿Solo los seres humanos? ¿También los demás animales sensibles? ¿Incluimos a las plantas, a los hongos y a conjuntos de ecosistemas? Porque, ¿cuál es la barrera ontológica y específica que nos separa los unos de los otros? El florecimiento de toda especie vegetal, animal o fúngica no puede explicarse sin una apelación a todo el entorno biodinámico que le circunda y que habita en su interior. Somos, como algunos ya defienden, holobiontes, lo cual discute la premisa de que solo unas especies o individuos merezcan consideración moral intrínseca, dejando al margen a otras. Asimismo, aparte de preguntarnos hasta dónde expandimos el círculo del florecimiento, cabe cuestionarse cuáles son estas capacidades por igualar. Más aún: ¿es posible ecológicamente o hay unos límites biofísicos para ello?

Quizás el siguiente experimento mental puede ayudar a comprender la paradoja de una igualdad de capacidades que puede emerger de un contexto eco-dependiente. Imaginemos a cinco personajes: David, Ana, Tom, Mina y Bio, cuyos florecimientos se encuentran íntimamente entrelazados. Las capacidades de nuestros protagonistas pueden entrar en conflicto y generar toda una paradoja si la preocupación moral que guía las normas de justicia es conseguir una igualdad de capacidades, antes que hacer un examen crítico acerca de cuáles son estas o acerca de si precisan de unos límites. Esto es porque vivimos, a diversas escalas, en un mundo globalizado e interdependiente.

Tenemos a David, a quien las políticas públicas le facilitan que disponga de unas capacidades alimentarias basadas en la libertad de poder comer productos cárnicos a diario. Además, es alguien que trabaja internacionalmente en asuntos políticos, y para ello vuela con frecuencia a diversos países mientras le acompa-

ña su ordenador portátil, con tal de no perder productividad laboral durante los desplazamientos. David se ha criado en un entorno industrializado en el que comer carne, viajar y ser productivo forman una tríada cultural que es vista como un conjunto de oportunidades valiosas para lograr desarrollarse. Pero algunos verían esta tríada como restricciones sociohistóricas para sentir la libertad, porque empujan a David hacia una rueda de cotidianidad en la que no tiene tiempo ni para soñar, y menos probar, con llevar a cabo una forma de vida diferente.

Podemos pensar que garantizar este tipo de capacidades para todos no es algo malo en sí mismo, sino que incluso es algo bueno. Cada uno es libre de aprovechar estas oportunidades de diversos modos, o de no aprovecharlas si no lo desea. Igualar las capacidades no implica obligar a comer carne, a viajar en avión o a tener necesariamente un ordenador. Pero es una cuestión de justicia que cada individuo al menos tenga a su alcance la decisión de exprimir o no estas opciones.

Contémosle eso a Ana, cuya familia ha trabajado en minas de extracción de coltán y que actualmente habita en una región devastada por la deforestación masiva que precede a la plantación de monocultivos que formarán piensos para el ganado. Sus oportunidades para desarrollarse libremente y cultivar sus propios alimentos se encuentran gravemente reducidas. Ana vive en un entorno rural, pero los campos que lo circundaban han sido expropiados y mercantilizados para lucrar a las empresas cárnicas. Así que tiene buenas razones para denunciar una carencia en sus capacidades básicas para disfrutar de una buena vida. Una carencia que ha venido capitalizada por la igualación de unos estándares tan elevados en las capacidades de aquellos habitantes de los países industrializados.

La situación no es precisamente mejor para Tom, quien ha crecido en parte huérfano, en un mundo cambiante, donde escasean los alimentos y ni siquiera encuentra compañeros con quien relacionarse. Tenía dos hermanos, que desaparecieron junto con su madre cuando él tenía apenas unos meses de edad. Lleva años solo, desnutrido y experimentando un calor terrible que incluso le provoca daños en su sistema nervioso y en las articulaciones. Consecuencia del

cambio climático. Tom desconoce cómo sobrevivir a tales condiciones e intuye que su vida terminará antes de haber alcanzado la edad adulta. Trata de escapar hacia un nuevo mundo que le ofrezca mejores oportunidades, pero vive atrapado en una isla cada vez más estrecha, cuyos márgenes están siendo devorados a cada minuto por el océano. Otra consecuencia del calentamiento global. Un cambio climático que ha sido acelerado por las emisiones de dióxido de carbono, procedentes de la quema de combustibles fósiles, y por las emisiones de metano, derivados de una ingente reproducción de animales como ganado.

Mina parecería contar con algo más de suerte ya que, aunque también ha nacido en un entorno cada vez más cálido, de momento no ha encontrado demasiados problemas para estar bien nutrida. Su dieta contempla una amplia variedad de alimentos y eso le permite adaptarse mejor a las contingencias climáticas. Pero Mina, al igual que Tom, ha tenido una infancia marcada por la soledad, en la que ha crecido con pocos allegados cerca. Más fatídica resulta su historia cuando un día observa a un desconocido y, de pronto, recibe dos punzadas terriblemente dolorosas que sin previo aviso la llevan a perder la conciencia. Para siempre.

Bio, extrañamente, no siente nada. Una parte de él recibe un calor tremendo y otra parte se encuentra azotada por un frío inusual. Hay veces en las que parece que le falte oxígeno por la elevada contaminación. Otras, en las que se deshidrata y pierde minerales. Experimenta cambios, pero no los comprende racionalmente o los siente en su cuerpo. Si puede, se adapta a ellos y, cuando no, se deja llevar por ellos, lo que le lleva a cambiar parte de su identidad. Bio prueba a ser resiliente ante las perturbaciones cada vez más frecuentes que catalizan los seres humanos. Pero no siempre lo consigue. En ocasiones no le queda más remedio que sacrificar algunas de sus formas de funcionar. Todo sucede demasiado rápido, a muchas escalas y desde diversos ángulos. Como si en un partido de fútbol uno tratase de defender la portería de una lluvia de balones de distintos tamaños y lanzados de frente, de las esquinas y de arriba. Uno puede perder una zapatilla o un guante, pero seguirá intentando frenar los balones. Bio, que conoce a Ana, a Tom y a Mina, porque son de su misma familia y tiempo atrás había cuidado de ellos, proveyéndoles de tierras fértiles, agua

dulce, alimentos y compañeros de su misma especie, ahora se ve obligado a dejarles a su suerte. Son demasiadas las acometidas de las que se ocupa. No da para más. En sus esfuerzos por florecer se ve presionado a desprenderse de una parte de sí mismo y evolucionar.

Estos son los cinco personajes que se han subido al escenario de nuestro experimento mental. Todos tienen sus propias experiencias, unas condiciones contextuales específicas y unos impulsos propios para florecer. Todos disponen, de un modo u otro, de unas capacidades interconectadas.

Recordemos a David, quien trabaja en asuntos políticos y, para ello, se le exigen viajes casi a diario. Imaginemos que una de sus tareas solicitadas es que ayude a los gobiernos a tomar decisiones políticas a favor de la conservación ambiental y de las especies en peligro de extinción. Él, con toda su buena intención, sugiere que se tomen medidas políticas para salvar algunas especies bandera, como el oso polar. Es decir, propone salvar algunas de las capacidades de nuestro otro personaje, Tom, el oso polar que deambula desnutrido por el Ártico. Para ello, recomienda, muy a su pesar, sacrificar algunas focas marinas para facilitarle el alimento, dado que incluso se encuentra demasiado débil como para cazar. Es decir, un día los humanos se encargarán de acabar con todas las capacidades de nuestro otro personaje, Mina, una foca barbuda.

Mientras tanto, Bio, quien representa la biosfera, va perdiendo irreversiblemente miembros de su familia. Algunas de las especies que formaban parte de él podrán seguir reproduciéndose para dar a luz a nuevos congéneres, pero otras desaparecerán para siempre. Van quedando nichos ecológicos vacíos, lo cual hace que Bio vaya transformando sus dinámicas, volviéndose más hostil hacia muchas de las comunidades que antes convivían plácidamente. No basta con reemplazar unos individuos con otros, porque Bio es más que la suma de sus integrantes y tiene una forma de florecer sinérgica.

La situación se vuelve aún más trágicamente absurda si consideramos que David puede desempeñar este trabajo donde busca restaurar el carácter de Bio porque, en parte, Ana y su familia han vivido unas condiciones paupérrimas. Unas condiciones que, por un lado, visibilizan que Bio esté cambiando hacia un estado que dificulta la supervivencia de especies como Tom y Mina; y, por otro

lado, justifican que David se sienta a gusto con sobrellevar una rutina de trabajo en la que propone políticas para recuperar unas condiciones distintas para Bio y para Tom. Y todo este triste y paradójico desenlace, podríamos concluir, porque David no se ha detenido a replantearse con seriedad si quería seguir desarrollando sus capacidades o empezar a frenarlas mediante unos límites.

Todos quieren desarrollarse libremente, disfrutar de sus capacidades básicas para alimentarse, relacionarse con sus familias, desplazarse y recorrer el mundo, tener descendientes, jugar, cobijarse en un hogar o simplemente ser resilientes a las perturbaciones que les sobrevienen. Pero no todos pueden por igual. ¿La razón? Hay unos límites ecológicos que se los impide. Y ante una situación de límites, las capacidades de unos salen ganando, a menudo, ejerciendo dominación sobre las de otros. ¿Pero por qué el florecimiento de uno iba a importar más que el de otro? No es que unos siempre salgan plenamente beneficiados por el daño causado a otros, sino que en escenarios trágicos unos pierden más que otros. Un conflicto entre capacidades, una «contracapacidad», no refleja una situación en la que uno siempre gane y otro siempre pierda. Una contracapacidad muestra cómo la capacidad de alguien puede volverse, a veces a la larga, en su propia contra. Es un horizonte teórico que evidencia la interrelación de las capacidades de todos y es un concepto que sirve para hacernos razonar sobre la importancia que tiene para cada uno el florecimiento de aquel individuo o entidad aparentemente más lejana y diferente.

Este libro no trata de enjuiciar vidas como las de David, culpabilizándole por no poner unos límites a su desarrollo humano. Hay muchos factores, condiciones y capacidades colectivas detrás del estilo de vida y de las decisiones de personas como David. Él es hijo del capitalismo neoliberal, de un entorno globalizado y de un sinfín de roles sociales heredados. Así que este texto no busca criminalizar a nadie. Antes bien, lo que busca es ayudar a preguntarse acerca de cuán paradójico puede resultar el afán por igualar las capacidades humanas si tal pesquisa no va acompañada de una preocupación ecológica y sistémica por las interdependencias de las capacidades.

La realidad es bien compleja. Así que espero que la idea de contracapacidad pueda servir para pensar críticamente sobre el contexto sociohistórico que im-

pregna nuestras decisiones y sobre los problemas que puede suscitar adoptar un pensamiento neoliberal y atomizado, ajeno a todos aquellos procesos relacionales que permiten el florecimiento de uno. Espero que, en definitiva, este libro ayude a meditar más profundamente acerca de cómo hacer de este mundo un espacio más justo para todos.

TEMA Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA FILOSÓFICO

Vivimos en un contexto de emergencia ecosocial único en el que el calentamiento global cada vez es más intenso, el deterioro de los ecosistemas se agrava, la extinción de especies se acentúa y millones de personas sufren desigualdades sociales. Tales fenómenos, situaciones o procesos se encuentran íntimamente conectados. El concepto «ecosocial» procede de la asunción de que el metabolismo social y el ecológico son interdependientes. En las páginas que vendrán a continuación trato de reflexionar sobre estos desafíos desde una perspectiva filosófica, sin prescindir por ello del análisis científico. En realidad, es todo un gran tema preocupante que ya ha sido abordado insistentemente desde hace décadas por numerosos especialistas académicos procedentes de diversas disciplinas (como las ciencias políticas, la biología, las ciencias ambientales, la física, la economía, la antropología, la sociología, la medicina, la ingeniería, la psicología o el arte) e incluso impregnando las opiniones y los sentires de muchas personas sin estudios homologados por las instituciones académicas. Con frecuencia, en los pensamientos y análisis de estas personas sobre el tema ecosocial se han asomado preguntas filosóficas.

De hecho, es un tema que invita vehementemente a hacer filosofía, a reflexionar críticamente sobre nuestra situación en el mundo; y a hacerlo no desde posiciones necesariamente metafísicas o abstractas, sino desde la experiencia misma que tenemos de nuestras vidas y de sus vínculos con el entorno. Hay múltiples formas de filosofar y si bien es una práctica en la que se puede educar y ejercitar, no está reservada a ninguna élite privilegiada: cada uno tiene unas oportunidades especiales desde las que hacerlo.

La preocupación por el problema multidimensional que engloba el contexto ecosocial no es un tema absolutamente novedoso, sino recurrente y hondamente tratado. Ahora bien, confío en que ello no signifique que este libro sea redundante y no contribuya a la literatura académica en grado alguno, dado que el marco teórico desde el que se analizarán los problemas ecosociales no es tan habitual. Asimismo, las hipótesis que discutiré, el orden de mis argumentos y las tesis a defender son originales, elaborados y organizados según los criterios resultantes de mi propio estudio de investigación. El modo de comprender el escenario ecosocial que se expondrá a lo largo de este libro es, en este sentido, único.

Aunque son muchas las preguntas a las que se da cabida en este trabajo, algunas generales y otras específicas, una de las principales consiste en interrogarse cuál podría ser la teoría de la justicia más coherente para abordar el problema ecosocial que se nos viene encima. No es una cuestión fácil, dado que existen muchas teorías de la justicia que establecen distintos criterios para decidir lo que está bien y lo que está mal. Una de ellas es el «enfoque de las capacidades», cuyo objetivo es igualar las libertades que tienen las personas para así poder actuar o ser de una cierta manera que les satisfaga. Es decir, lo que se busca es equilibrar las diversas oportunidades reales que tenemos, basadas en circunstancias personales y sociales, para lograr llevar a cabo una buena vida, de calidad, según nuestra propia concepción. Como las personas procedemos de contextos muy diferentes y bajo condiciones más o menos privilegiadas a nivel físico, económico, social y político, el enfoque de las capacidades procura empoderar a aquellas con más dificultades para convertir los recursos que les envuelven en opciones deseables para su propio desarrollo humano. De esta manera, busca la equidad en las libertades para alcanzar un óptimo bienestar. Es una teoría liberal que no define al detalle qué estilo de vida debemos perseguir todos, sino que, al enfocarse en garantizar simplemente un equilibrio en las capacidades, deja que cada uno pueda elegir qué hacer con su propia libertad. Así, bajo este marco, cualquier política justa debería garantizar al menos un nivel de mínimo umbral en las capacidades de las personas, para que luego cada uno las desarrolle de acuerdo con la vida digna que quiera llevar.

Aparentemente, un buen criterio, ¿no? Si bien, el enfoque de las capacidades ofrece buenas razones para erigirse como teoría de la justicia social, presenta un serio problema: de entrada, no es tan adecuado para abordar los graves retos que plantean, por ejemplo, el caos climático acelerado, el calentamiento global, el desgaste de recursos o la pérdida de biodiversidad. En otras palabras, no constituye una buena teoría de la justicia ecológica. Sí que puede ofrecer argumentos en clave de justicia ambiental, es decir, razones que tienen en cuenta el cuidado y la gestión del medio ambiente y de los animales para satisfacer nuestras necesidades humanas. Pero esta sigue siendo una mirada antropocéntrica, que instrumentaliza todo aquello que no es humano para usarlo en nuestro propio beneficio. Estos prejuicios de especie, a mi modo de ver, no sirven para guiar una justicia ecológica profunda.

Por ello, el objetivo de este libro consiste en reconstruir críticamente el enfoque de las capacidades a fin de dar respuestas filosóficas a los numerosos desafíos globales que comprometen el bienestar y la salud, no solo de los seres humanos, sino también de los seres no humanos y de los procesos ecosistémicos. Como este es un problema muy amplio y genérico, en este estudio se discute más en detalle un subtema que forma parte del contexto ecosocial y contribuye a articular ese abanico de injusticias ecológicas y sociales. Este es el de la industria cárnica. Analizar las vastas consecuencias de la industria cárnica, abordándolas desde una perspectiva multidimensional, es uno de los principales escenarios sobre los que trato de aplicar mis reflexiones. Defiendo que esta es un motor de nuestro metabolismo sociocultural que genera «contracapacidades», es decir, conflictos entre distintas capacidades, lo cual lleva al problema filosófico de averiguar qué capacidad puede ser prioritaria o más valiosa moralmente que otra. Un problema que se agrava si en la ecuación de la justicia ecológica entran también en consideración las capacidades de la naturaleza no humana.

Mi propuesta, por lo tanto, es indagar bajo qué argumentos las capacidades deberían ser limitadas por políticas ecológicas, así como de qué manera transformar espacios dominados por la ganadería intensiva en territorios libres de semejante gestión antropocéntrica, puede ayudar a adquirir un bienestar más justo a nivel global, intergeneracional e interespecífico. De esta manera, el tema

del presente trabajo exige una mirada crítica basada en una perspectiva interdisciplinar, en la que ciencia y filosofía se vuelven complementarias.

En definitiva, estos son los principales temas expuestos en esta obra. La urgencia que requieren los retos ecosociales, y muchas de las consecuencias derivadas de la industria cárnica, empujan la filosofía hacia una encrucijada: ¿espoleamos la reflexión crítica a fin de conseguir resultados tempranos y con ello evitar injusticias cuanto antes o mantenemos una actitud sosegada y sin premuras en la que se busque un bien mayor a largo plazo?¹ Son dos caminos que pueden tanto separar como unir a filósofos y a activistas: a algunos les llevará a distanciarse, a otros a transitar juntos en un diálogo entre el pensamiento y la acción. Como bien se sabe desde la bioética, atender a «lo urgente» o atender a «lo importante» no siempre pasa por el mismo camino y a menudo ante un caso concreto toca escoger qué es más justo (o menos injusto) priorizar. En cualquier caso, pienso que la filosofía práctica tiene un rol fundamental, dado que sirve para construir ese espacio reflexivo en el que se valore sobre qué ventajas y desventajas morales albergan los distintos procedimientos posibles, incluidos aquellos asociados al propio pensamiento crítico-reflexivo. Es decir, hacer filosofía implica hacer «meta-filosofía», situando el pensamiento en un segundo orden de autorreflexión.

ENTRE MOTIVACIONES Y BIOGRAFÍAS

Para contestar abiertamente sobre la motivación que me impulsó a dar luz a este libro, es pertinente explicar brevemente mi trayectoria, mencionar algunos de mis intereses e inquietudes que han estado presentes durante varios años de mi

¹ De hecho, en el fondo de esta pregunta aparece una tensión ya conocida por la historia de la filosofía: el debate entre el pensamiento kantiano de no sacrificar algunas vidas humanas a fin de asegurar un bien mayor para otras (pues el ser humano y su dignidad ostentan un valor intrínseco no instrumentalizable), y el pensamiento utilitarista de buscar el mejor resultado para la mayoría, aunque ello implique dejar de lado el cuidado de unos pocos en la persecución de ese fin.